

## Territorio, memoria y representación

ALTUNA, Elena (2009). *Retórica del desagravio. Estudios de cultura colonial peruana*. Prólogo de Susana Zanetti. Salta, Cepiha-Universidad Nacional de Salta.

 Valeria Añón

Suele afirmarse que, en la Argentina, los estudios literarios coloniales han ocupado un lugar periférico, marginal en relación con los intereses de la crítica. Si fue aquí donde, en el siglo pasado, vieron la luz las contribuciones filológicas e historiográficas de Ricardo Rojas y Mario Alberto Salas o bien las ediciones, aún hoy definitivas, de las dos partes de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso por Ángel Rosenblatt y de la *Historia de los Incas* de Sarmiento de Gamboa, entre otros, lo cierto es que los estudios coloniales despertaron un interés menor entre críticos y especialistas (así como entre lectores), al menos hasta la década de 1970. Más tarde, los debates en torno al Quinto Centenario, entre mediados de la década de 1980 y la década de 1990, constituyeron un nuevo hito en torno al cual se reconfiguraron los estudios coloniales hispanoamericanos y se insinuó el comienzo de un “cambio de paradigma”, como lo denominó Rolena Adorno.

En el ámbito local, las investigaciones señeras de Susana Zanetti, Noé Jitrik y David Lagmanovich brindaron visibilidad y espesor a los estudios literarios coloniales en una mirada permeable a los nuevos derroteros de la crítica, pero que no se dejaba llevar por modas académicas o teorías poco sustentadas en el trabajo con los textos. De manera progresiva, estos maestros fueron formando nuevas generaciones de estudiosos para quienes el universo colonial tiene un peso específico, central en los estudios literarios. En esta línea de investigaciones se ha desarrollado, durante las últimas dos décadas, el trabajo de Elena Altuna, destacada especialista en literatura colonial andina y Profesora titular de la Universidad Nacional de Salta.

Su primer libro, *El discurso colonialista de los caminantes*, de 2002 (resultado de su investigación doctoral, dirigida por Rolena Adorno), analizaba ya una serie de textos de los siglos XVII y XVIII, caracterizados como “relatos de viaje”. Altuna daba cuenta de ellos a partir del proyecto colonialista que estos delineaban, e interrogaba de manera insistente retóricas, modulaciones de la representación, transformaciones y anomalías en las figuras del viajero, entre otras dimensiones. Además, lejos de limitarse a un estudio por autor o zona, Altuna expandía su corpus en un

recorte comparativo que eludía lo biográfico para interrogar el tipo de discurso colonialista que cada texto configuraba.

Esta destacada mirada crítica, contrastiva y atenta a los problemas de la representación, rige también esta *Retórica del desagravio*, que ya desde su título alude a lo formal y genérico, al tiempo que dialoga con investigaciones destacadas en el campo que, en los últimos años, han hecho del itinerario, el desplazamiento, las representaciones del espacio y las cartografías el centro de sus preocupaciones.

La pregunta central que guía el libro, no obstante, se articula también en torno al tiempo, o bien al delgado vínculo pasado-presente que organiza toda investigación, incluso (en especial) en torno al aparentemente lejano universo colonial. De allí que interrogar textos del pasado implique también iluminar “la relación que establecemos con nuestro presente” (17), en una lectura atenta a retóricas, giros, metáforas, texturas que, en su espesor, “repone [también] una tradición cultural” (17). Esta inquietud, esta manera de mirar reúne y organiza los diez ensayos que componen el libro y que, publicados previamente en revistas especializadas diversas de América Latina y Europa, exhiben los derroteros y las transformaciones de una mirada crítica.

Más allá de la enumeración que el índice propone, es posible afirmar que los textos se organizan en torno a dos dimensiones: la memoria y el territorio. Esto es: las representaciones de la memoria y el territorio, con especial atención al peso de lo colonial en estas inscripciones textuales, e incluso respecto de textos no canónicos dentro del corpus colonial andino, como las probanzas de méritos del Tucumán (21) o las cartas de inmigrantes (33). Estas dimensiones no son excluyentes, sino que están entrelazadas, enhebradas a partir de la pregunta por la retórica, que desde el título se erige en columna vertebral de la aguda lectura que aquí se propone.

En torno a la memoria, las cuestiones son múltiples: desde las diversas acepciones de la noción de “memoria” y “memorial”, y sus vínculos directos

con el discurso legal-notarial (como se perfila en los capítulos 1, 3 y 5, por ejemplo), hasta la memoria del pasado como estrategia de reclamo, a veces; sostén de un orden colonial, otras, y legitimación de un lugar de enunciación siempre, inscrita en los textos de Guamán Poma, Martín de Murúa (77) o fray Diego de Ocaña (79), por ejemplo, cuyas miradas son puestas en diálogo a partir de la cita de fragmentos muy bien seleccionados que metonímicamente exhiben el profundo conocimiento del corpus textual andino y sus polémicas por parte de la autora. Pero la memoria es, sobre todo, un atributo, una configuración textual que delinea inclusiones y exclusiones (de espacios, de voces, de testimonios) y enfatiza el carácter performativo de estos textos, como bien puede apreciarse en las probanzas (23) o en las cartas de inmigrantes (33).

Todas estas dimensiones se articulan, además, con la pregunta acerca de la territorialidad y del espacio, que permite erigir reflexiones en torno al centro, sus límites, sus fronteras y sus confines –preocupación que Altuna ya ha indagado, con notable lucidez, en el marco del relato de viaje como género–. Quizá sea porque se trata de una persistencia en la investigación que esta dimensión exhibe algunas de las lecturas más lúcidas y provocadoras de todo el libro, en especial en torno a “los tambos y caminos del Perú” (73), la *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (133) o el relato de viaje de La Condamine (149). Este despliegue pone en escena, asimismo, la comodidad con la que la autora se mueve entre diversos géneros, registros y tipos textuales, desde la epístola hasta el cuestionario de las relaciones geográficas; desde la crónica y el discurso histórico hasta la descripción o la *Crónica Moralizada* (117). Es probable que su familiaridad con el relato de viaje (género híbrido por definición) le haya abierto esas puertas; en cualquier caso, resulta una excelente metodología de lectura para dar cuenta de problemas antes que de textos entendidos de manera esencialista, y que en verdad se resisten a las modernas nociones de obra, autor, literatura con que han sido largamente leídos.

A estas dimensiones se suma otra, crucial: la de la identidad. Pero no se trata, claro está, de una cuestión epistemológica u ontológica. Antes bien, remite a una larga discusión en torno al discurso colonial, la situación colonial y el colonialismo (ya desde los postulados de Peter Hulme y Homi Bhabha, retomados por Rolena Adorno en su artículo “El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad”, de 1988) y que no han perdido vigencia en los estudios literarios coloniales latinoamericanos actuales. Es en este sentido que se organizan las reflexiones acerca de la retórica del desagravio que la autora analiza en una serie de memoriales del siglo XVII, los cuales aluden a las fricciones entre criollos y peninsulares, en el marco de “los conflictos emergentes de la situación colonial en la que sus agentes se hallaban inmersos” (101). Atenta específicamente a la trama polémica y a la situación comunicativa que esta define, Altuna revisa el archivo colonial erigiendo su lectura a partir de las marcas textuales de la representación de la lejanía y la cercanía respecto de la metrópolis (112), y que se extienden a todos los capítulos de este libro. Mención especial requiere “Metáforas del cuerpo y reivindicación colonial” (85), donde analiza la representación simbólica de la monarquía española por parte de letrados peruanos de los siglos XVI y XVII. La cuidada argumentación y el brillante análisis crítico que aquí se despliega constituyen un modelo y un reto para todo crítico interesado en estos discursos.

Cabe destacar, por último, que si bien los artículos han sido publicados previamente, un trabajo de reescritura y una serie de preocupaciones comunes y constantes logran hacer de cada capítulo un eslabón ineludible de la cuidadosa reflexión que *Retórica del desagravio* propone. A ello se suma una escritura minuciosamente cuidada, ensayística en más de un sentido, que no abusa de las notas eruditas, pero tampoco abandona al lector en territorios inhóspitos o poco conocidos. Se trata de una escritura crítica tan amable como lúcida, cuyos vericuetos e iluminaciones enriquecen la crítica literaria latinoamericana.